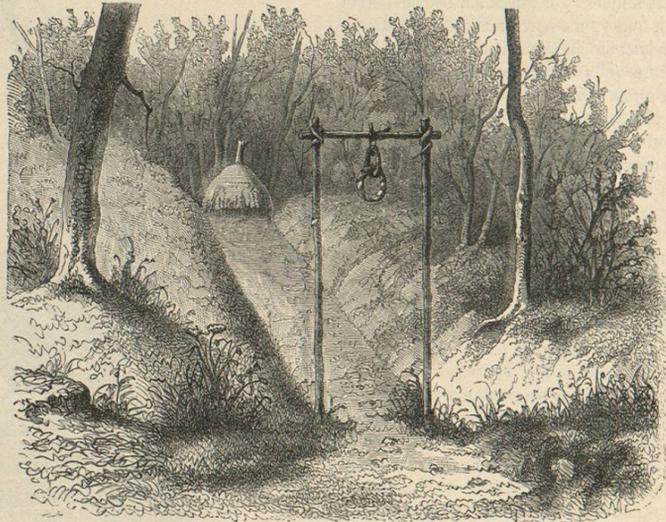


los cuales se adornan sus magos y en los que sus sumos sacerdotes, es decir los reyes, guardan sus temidas medicinas? ¿De dónde deriva la adoración casi cómica que los dajakes y alfores consagran á los cacharros? Todo lo extravagante encuentra un sitio entre el cúmulo de objetos extraños con que los magos cafres adornan sus cuellos y sus cinturones. Por una notable coincidencia, el primer diamante grande del Cabo se encontró en la bolsa de cuero que pendiente del cuello llevaba un mago. La adoración de las piedras está muy extendida, pero por regla general se profesa á los grandes peñascos. En Africa puede ser convertida en fetiche cualquier piedra, con sólo envolverla en un trapo de color y colocarla en el cuello. Entre los



Cabaña donde se adora un fetiche, en Lunda, (según Max-Buchner).

almas determinadas que animaron el cuerpo de una persona conocida y que han ido á animar á estos muñecos, sin que pueda afirmarse qué clase de almas encierran los ídolos que reproducimos tomándolos de las costas occidentales del Africa, ni si tales objetos constituyen una verdadera divinidad. Nuestros grabados son interesantes por lo claramente marcada que en ellos se nos presenta la fecunda fantasía con que el hombre natural suele vestir las ideas que tiene formadas de las cosas sobrenaturales. Con la creación de estos retratos visibles de almas ha coincidido la fundación de lugares especiales para venerarlas, como son las chozas de fetiches del Africa, los sitios tabuidos de los malayos y polinesios y finalmente los templos. El hecho de encontrar estos lugares en los cementerios, residencias de las almas de los difuntos — hecho que vemos reproducido en las necrópolis emplazadas junto á nuestras iglesias — prueba inconscientemente la estrecha cohesión que existe entre el culto de las almas de los muertos y el de la divinidad, con la particularidad de que más bien salieron los templos de los cementerios que éstos de aquéllos.

Los entierros que se verifican en todos los pueblos, por diferentes que sean sus ceremonias, son siempre un acto religioso; todos se fundan en la idea de que el cuerpo no se ve inmediatamente abandonado por el alma ó de que por lo menos conserva todavía cierta importancia para ésta. Los polinesios dicen que el alma, después de la muerte,

musgus, se consideran ídolos las largas picas, y entre los zandehs se tienen por tales los troncos informes de madera en los cuales se han clavado algunas uñas. Apenas se encuentra un africano que no lleve algún fetiche pendiente del cuello, y como muchos deseos, actos, etc., tienen fetiches especiales, hay hombres que van pesadamente cargados con estos objetos sagrados. Cada arma de un esquimal lleva pegado en el puño un pequeño dios tutelar. Entre estos fetiches y los ídolos de forma humana, tomados quizás del retrato de un muerto, que se encuentran entre los malayos y en Africa en las chozas-sepulcros y alrededor de las tumbas, no media más que un grado: unos y otros están dotados de almas, sólo que las de los últimos son

vaga durante algún tiempo alrededor del sepulcro, hasta que desciende definitivamente al reino de Milu ó al de Makea, y esta idea la encontramos también claramente expresada entre los malayos y los americanos del Noroeste. Por esto se deja, muchas veces, insepulto el cadáver durante un período más ó menos largo, que entre los negros es de algunos días y entre los indios de un año entero. Las ofrendas funerarias, tan comunes entre muchos pueblos, la momificación de los cadáveres, el empeño en hacer que se distinga la colina-sepulcro que entre algunas tribus negras (Bongo) adquiere las proporciones de un verdadero monumento, y la construcción y conservación de grandes mausoleos para encerrar los cadáveres de los caudillos, demuestran que el cuerpo es para esos pueblos algo más que un objeto material, á pesar de que, según sus propias creencias, ha sido ya abandonado por el alma. En algunos pueblos existe la creencia de que el alma volverá temporalmente al cuerpo que ha entrado en descomposición, y á este objeto se deja en la tumba una abertura ó se depositan, de cuando en cuando, junto al cadáver nuevos manjares y bebidas. La reincorporación forzosa del alma dentro de su cadáver se considera cosa tan posible como su desaparición de un cuerpo vivo y su transmigración á un animal cualquiera: esto último es una de las especialidades con preferencia ejercidas por los magos africanos. La creencia en una omnianimación no reconoce límite alguno cuan-

do se trata de la idea de la posibilidad de una transmigración de las almas; á pesar de lo cual para esta operación son preferidos los animales, por razones fáciles de comprender.

El miedo es una causa poderosa que viene á unirse á los fundamentos tomados de la teoría de las almas, para hacer que el entierro de un cadáver se verifique con el mayor respeto. Max Buchner describe de la siguiente manera el entierro del cadáver de un songo: «Dos días después de acaecida la muerte, verificóse el entierro. El cadáver fué envuelto en un paño fresco y atado con esteras hasta quedar perfectamente cubierto desde la cabeza á los pies: puesto luego en una percha, fué sacado como en la tipoia, no por la puerta usual de la estacada del campamento, sino por una abertura expresamente practicada en ella, que luego se volvió á cerrar. La tumba había sido cavada á nuestro Oeste, en el camino que conduce á la patria. Allí se agruparon los parientes sin otra ceremonia.» Esta descripción nos demuestra que la ceremonia de la envoltura, la de llevar el cadáver sujeto á una percha, el hecho de evitar el paso por la puerta, y el de practicar la sepultura lejos de la choza, están, si no motivadas, á lo menos influidas por el miedo. Algunas veces, aunque pocas, encontramos en este punto grandes contradicciones: así, por ejemplo, mientras los cafres llevan con frecuencia sus cadáveres al bosque para que sean pasto de las hienas, algunas tribus de los malayos, australianos y negros del Nilo, los entierran en sus propias granjas. El hecho de abandonar ó destruir la choza del difunto, de destrozarse todos sus enseres domésticos, de matar á menudo á sus esclavos y rebaños, y de sepultar en el olvido hasta su nombre, todo esto debe ser considerado como consecuencia del miedo á los muertos.

Las prácticas propias de los enterramientos demuestran la idea de un alma que más tarde ó más temprano abandona el cuerpo, sea para volver á él después de un plazo indeterminado, sea para separarse de él eternamente; pero esto no implica por necesidad la idea del lugar en que residen estas almas desprendidas de los cuerpos. La manera estrecha é incompleta de pensar que caracteriza á los pueblos naturales, nos permite creer que puede existir una fe profunda en la animación del cuerpo humano, sin que aquellos se vean obligados á pensar en el lugar en que las almas residen. En cambio, aquella fe fortalece la idea de un más allá, y desde el momento en que esta idea concuerda en muchos puntos con las de los antiguos europeos, los polinesios y los indios, este hecho ha de parecerse más notable desde el punto de vista antropológico que desde el de la fisiología de los pueblos. El mito antes citado del caudillo hawayo que roba un alma, indica claramente hasta dónde llega esta semejanza. En los rasgos fundamentales del descenso, del engaño que sufre el soberano del mundo subterráneo y de la envidia de las demás almas, existe cierta armonía entre todos los pueblos que han concebido la idea de un más allá. Esta misma idea puede inducirnos á demostrar que es preciso establecer una diferencia esencial entre los conceptos, en cierto modo necesarios por ser reflejo fiel de la realidad, y los pensamientos que vienen después en segundo y tercer término, que no tienen, dentro de los sencillos procesos mentales del hombre natural, fondo alguno de necesidad: los primeros surgen fácil y espontáneamente; al paso que el origen de los segundos habrá de buscarse en altas y remotas esferas del pensamiento.

A estas ideas de la supervivencia ha venido á agregarse, en un grado más elevado de desarrollo, otro importante

elemento en forma de creencia en las recompensas y castigos del otro mundo. Para nosotros, esta creencia está indisolublemente ligada con la idea del más allá; pero muchos pueblos profesan esta última sin tener la menor noción de la primera. Los pueblos naturales establecen ciertas distinciones en la otra vida, como las que encontramos en los polinesios entre el reino de Milu y el de Makea: aquél es el reino del ruido y en él se juntan las almas de la gente de baja estofa, que se contentan con jugar y gritar; en éste, en cambio, imperan el reposo y la majestad propias de los caudillos cuyas almas tienen en él su residencia. Los indios tienen su cielo privilegiado, semejante al Walhalla, para los guerreros valientes y para los que mueren combatiendo. La idea de un juez que falla de lo bueno y lo malo, supone en las religiones un elemento más moral del que en esas esferas se encuentra.

Quédannos por citar dos clases de fenómenos naturales



Supuestas imágenes de ídolos (imágenes de almas) de Ubudschwa (según Camerón)

que ejercen poderosísima influencia en este sentimiento innato de inseguridad, y que obligan al hombre á colocarse en determinada situación respecto de ellos. En presencia de las grandes manifestaciones de los poderes naturales, el hombre se compara con ellos y adquiere el triste convencimiento de su insignificancia, de su inferioridad: por todas partes se alzan obstáculos que limitan y dificultan su voluntad: su espíritu se espanta ante la idea de lo infinito y de lo insondable, y apenas se cuida de buscar la causa única de donde aquella grandeza deriva. Las tempestades, los terremotos, las erupciones volcánicas, producen efecto por lo inesperado y atronador de sus manifestaciones (los ídolos fantásticos que tanto abundan en los bosques y campos de los negros de Africa, son las más de las veces monumentos de rayos, etc.: véanse los grabados de las páginas 21 y 24 de esta Introducción, al paso que los fenómenos del cielo estrellado dejan el ánimo profundamente impresionado por la majestuosa tranquilidad y regularidad de sus movimientos. La presencia de este espectáculo extraordinario y tan distinto de las cosas de la tierra, sus luminarias, y el gran número de estrellas, hubieron necesariamente de ejercer poderosa influencia en el ánimo del hombre primitivo. Hasta los bosquimanos y los australianos han dado nombres especiales á las constelaciones. La acción calorífica del sol hubo de ser acogida con sentimiento de gratitud, y la luna y las estrellas hubieron de parecer á los pueblos naturales fenómenos doblemente agradables, dado el miedo pueril que constantemente sienten hacia los espíritus y los fantasmas. El cuidado con que muchos de estos pueblos procuran alejar con conjuros al espíritu del mal durante los eclipses de luna, la predilección que por la luna han demostrado las

leyendas, y sobre todo el lugar importantísimo que en las creencias religiosas de los pueblos se concede á ese astro, corroboran aquel aserto. La adoración religiosa de los astros, y principalmente del sol, la encontramos extendida por muchos pueblos, ora de un modo manifiesto, ora indicada por simples huellas: de aquí que podría decirse «que el sol, dispensador de la luz, ha sido adorado por todas las naciones como un ser divino, como un bienhechor universal»; lo cual es mucho decir, á pesar de que el culto del sol se halla muy extendido, sobre todo en las esferas intelectuales más elevadas. Conocidas son ciertas leyendas que se ocupan en las distintas posiciones del sol respecto de la tierra y en el cambio de estaciones que aquellas traen consigo. El sol, en unión con la tierra, crea todo lo vivo y todas las estrellas. Las almas de los héroes que fallecen se dirigen á menudo hacia el sol que se pone.

Los fenómenos atmosféricos llaman la atención del hombre por su directa influencia sobre el bienestar y el malestar de éste, y porque afectan profundamente á su prosperidad económica. El papel que, como se comprenderá, desempeñan en las creencias y en las supersticiones del hombre, demuestra la existencia universal del que promueve la lluvia, el sol y la fertilidad. Fuera de este terreno, encontramos el de aquellos fenómenos que no están nunca, ó á lo más raras veces, relacionados con los intereses del hombre y que, por ende, sólo son observados por éste cuando directamente se le imponen. El hombre natural, la criatura más llena de preocupaciones que ha salido de la especie humana, el hombre de más limitados horizontes, no puede oír sin impresionarse el rugido del mar, los ruidos de la selva, el murmullo del arroyo, fenómenos que son incluidos en la esfera de aquellas ideas supersticiosas que son producto de causas más próximas.

De muy diversa índole son los frutos de su vida en contacto íntimo con la naturaleza más comprensible: en este punto, las raíces de la poesía se enlazan con las de la religión, siendo el reino animal el que más materia ofrece. Las leyendas de animales y de plantas constituyen la parte principal de la literatura de los pueblos primitivos y los animales ocupan un lugar en el origen de las genealogías de las tribus y de los caudillos, llegando á imponerse de un modo irresistible por las utilidades ó por los perjuicios que ocasionan. Los animales carnívoros que comen carne humana son afines á los salvajes, que no distan mucho de la antropofagia, y quizás el tan extendido temor supersticioso de matar hienas y cocodrilos, animales ambos en alto grado antropófagos, está relacionado con una repugnancia fundada en causas análogas. El respeto que imponen estos animales (entre los malayos y entre los joloffes de la Senegambia los cocodrilos son encerrados en lagos sagrados) puede también interpretarse en otro sentido: así, por ejemplo, Lobengula, rey de los matabeles, prohibía bajo pena de muerte á sus súbditos matar cocodrilos, porque con los cocodrilos muertos podían practicarse funestos maleficios. Las creencias relativas á los animales pueden adoptar, además, una forma indirecta, pero siempre se traslucirán esos motivos fundamentales.

Para formarse una idea general de la propagación de las distintas religiones sobre la tierra, se las suele clasificar en unos pocos grandes grupos, cuya estadística sólo puede conseguirse de una manera aproximada, puesto que sólo se buscan cifras apreciativas. Nada puede objetarse á este procedimiento, ya que las distintas religiones, además del interés que en sí mismas tienen, constituyen monumentos de cultura de grandísima importancia. Pero debe suponerse que esta clasificación ha de fundarse, en cuanto sea posi-

ble, en diferencias profundas, para que la humanidad no aparezca fraccionada en grupos casuales, antes bien pueda diferenciarse por la magnitud y profundidad de las creencias religiosas. No puede decirse que esta suposición se haya realizado en las tentativas que en este sentido hasta el presente se han hecho, puesto que, en vez de este procedimiento, encontramos que se han tenido para ello en cuenta circunstancias comunes y externas, estableciéndose la clasificación de cristianismo, paganismo, monoteísmo, politeísmo y otras. Si estudiamos el desenvolvimiento religioso de la humanidad en relación con el desarrollo general, comprenderemos que aquellas religiones no pueden ser los grandes límites divisorios de aquel desenvolvimiento, sino que las secciones naturales de éste deben partir de una base más profunda. Se ha definido la religión de una manera exacta y general diciendo que es una relación afirmativa de la conciencia humana con algo que se siente como objetivo y que determina de una manera suprema las cosas, y respecto del cual se encuentra el hombre en personal relación. Esta relación no se ha desarrollado en parte alguna bajo una forma pura, sino de un modo entrecortado, incompleto é imperfecto. En su desarrollo no ha avanzado sola, sino íntimamente unida á los demás esfuerzos del humano espíritu y especialmente á los movimientos y á las necesidades de su conciencia, en virtud de lo cual ha recibido un auxiliar importantísimo en el elemento moral. Gracias á éste, la religión ha ejercido poderosa influencia en la cultura, pues así como en los rudimentos del desarrollo religioso, el hombre casi aparece exclusivamente como peticionario que acude á los espíritus, fetiches, etc., con deseos ó mandatos, por cuya realización les ofrece luego sus sacrificios; gracias á la moral, el espíritu se convierte en poder que, provisto de premios y de castigos, preside en el hombre y puede no sólo guiarle, sino que también muchas veces obligarle. Este desenvolvimiento del elemento moral en la religión, cuyos distintos grados pueden conocerse, corre paralelamente con la depuración que en ésta se verifica de un gran número de elementos que, sin afinidad ninguna con ella, suelen ir á ella unidos, como sucede en los grados inferiores del proceso religioso, en los cuales la misión de los magos, sacerdotes y demás, no se reduce al culto del espíritu sobrehumano, sino que se extiende al cultivo del espíritu del hombre, es decir, á todos los rudimentos de la ciencia, del arte y de la poesía. A este grado se le suele dar el nombre de religión natural, que no creemos aceptable, porque esta denominación se presta con demasiada facilidad á la idea de que aquélla es simplemente una transformación del estado de naturaleza y se encuentra especial é íntimamente relacionada con ésta. Más bien merecen ser de tal suerte designadas algunas religiones que, como la griega, han llevado hártó lejos su adoración de la naturaleza. Nosotros propondríamos la siguiente clasificación de las religiones, que nos parece más adecuada á su esencia y á su desenvolvimiento:

I. Religiones que elevan poco lo divino sobre lo humano y que apenas contienen el elemento moral: descansan principalmente en las creencias de las almas y de los fantasmas y con ellas están enlazadas la adivinación, la medicina, los conjuros de la lluvia y otras supersticiones.

a) Sin una unión fuerte con algún grupo de fenómenos de la naturaleza y por ende muy inclinadas al fetichismo: las de muchos pueblos negros.

b) El mismo rasgo fundamental, pero con mayor desarrollo de las ideas cosmogónicas y mitológicas que forman un sistema completo: polinesios.

II. Religiones que elevan más lo divino sobre la esfera humana y que se van constantemente desprendiendo de la mezcla de otros esfuerzos intelectuales del género científico, poético, etc., y que en cambio desarrollan cada vez más el elemento moral, principalmente apoyado por la idea de una vida futura, con premios y castigos, en la cual reaparece purificada la creencia de las almas (de la I).

a) Politeísmo ó pluralidad de dioses que, sin em-

bargo, suele asignar á un dios especial un puesto superior al de los demás, sin por eso reconocerle ninguna superioridad moral: brahmanes, indios, griegos.

b) Monoteísmo en sus diversos grados de desarrollo, según el número é importancia de los santos y demás seres afines á Dios, que se interponen entre el hombre y la divinidad única. El Dios único es la suma perfección moral: judíos, cristianos, mahometanos.

INVENTOS Y DESCUBRIMIENTOS

Esencia del invento. - Ciencia primitiva. - Invento y conservación. - Dificultad de la tradición en las capas inferiores. - Desaparición de los inventos. - La alfarería en Polinesia. - Importancia de algunos inventos en las primitivas relaciones. - Tapa. - Origen oscuro de las conquistas de la civilización de los pueblos naturales. - Ejemplos de imitaciones y de otras coincidencias. - No hay pueblo alguno sin relaciones. - Pobreza y empobrecimiento etnográficos. - Diferencias entre los grados de desenvolvimiento. - Monbutús. - Desenvolvimientos individuales notables. - Islas de Gilbert. - Dificultad de determinar el grado de cultura de los pueblos.

Los sucesos que juntos forman lo que se llama progreso de la humanidad consisten en un estudio, cada vez más amplio y profundo, de los fenómenos de la naturaleza, gracias al cual aumenta proporcionalmente el caudal de medios que el hombre toma de los objetos que le rodean, para mejorar y embellecer la vida. Esto mismo ha de haber acontecido en los tiempos primitivos. El invento del fuego por medio de la frotación fué un hecho intelectual, que exigió tanta observación y tanta fuerza de inteligencia, por lo menos, como el invento de la máquina de vapor. El inventor del arco y de la flecha ó del arpón debió ser un genio entre sus contemporáneos. Entonces, como ahora, lo que por impulso natural conquistaba el espíritu, había de seguir un camino dentro del espíritu aislado, para después, en circunstancias más favorables, abrirse paso. Únicamente los impulsos de un grado inferior, es decir, poco desarrollado - que en general podemos llamar coincidencias - surgen como epidémicamente en muchos espíritus á la vez y pueden, por ende, determinar la fisonomía intelectual de un pueblo. Las conquistas de la inteligencia son actos individuales, y la historia de los descubrimientos aun más insignificantes, es un fragmento de la historia de la humanidad. Si pensamos en el hombre de los primitivos tiempos, que vino desnudo al mundo, veremos que le interesaba en extremo apropiarse, de los recursos que la naturaleza le ofrecía, aquellos que podían satisfacer sus necesidades. La naturaleza le salía al encuentro por dos distintos caminos, á saber, presentándole las materias para su alimentación, vestido y armamento, y despertando en él los impulsos que le hicieran apreciar estas materias de la manera debida. De estos impulsos hemos de ocuparnos.

En los inventos, como en todo lo que emana de la inteligencia del hombre, desempeña un gran papel el mundo exterior que en su alma se refleja. Es indudable que mucho se ha pasado por alto, de la misma manera que nadie podrá nunca determinar con exactitud cuáles son las conquistas que á la imitación de la naturaleza se deben y cuáles han ido más allá. Muchas veces, la semejanza entre el modelo y la copia parece ser exacta, como por ejemplo cuando Livingstone ve en la costumbre de los árabes de hacer que con una simple presión en la cerviz se arrodillen sus camellos, una imitación de la presión que, con este mismo objeto, ejerce la gacela con el casco de su pié en la cerviz de sus pequeñuelos; ó cuando, según refiere Pedro Kolb, los hotentotes buscan aquellas raíces y tubérculos que comen los babuinos y los jabalíes. Al estudiar el desenvolvimiento de la agricultura, encontraremos otros ejemplos de estos im-

pulsos que, muchas veces, pueden inconscientemente prevalecer en otras esferas. También podríamos decir que en los grados inferiores de cultura, el hombre se encuentra más cerca de los animales, y por esta razón aprende más fácilmente de ellos y participa más de sus instintos.

Estas conquistas son directamente hechas por y para el individuo, siendo necesario algo más para que aparezcan como inventos en el sentido de la historia de la civilización, es decir, para que puedan enriquecer el patrimonio de la cultura. Dos maneras hay de reunir las conquistas intelectuales, y cada una de ellas tiene distinta eficacia é importancia histórica: en primer lugar, tenemos la fuerza creadora concentrada de los individuos dotados de verdadero genio, aportando cada día nuevos objetos á los tesoros de la humanidad; y en segundo, la difusión de los mismos entre el vulgo. Una gran parte de estas conquistas sólo se difunde en forma de conocimientos aislados, y entonces la conservación de lo conquistado sólo está garantizada por la renovación constante de las masas. El invento que el individuo conserva únicamente para sí, con él muere: sólo la tradición permite la supervivencia de las ideas. El grado de fuerza vital de los inventos y descubrimientos depende de la fuerza de la tradición del pueblo, que, á su vez, puede definirse función de la cohesión orgánica de las generaciones. Y como esta cohesión es más robusta en aquellas capas de un pueblo que vive en la ociosidad ó que se ha dedicado exclusivamente al cultivo de la inteligencia, aunque en su forma primitiva, de aquí que la fuerza de conservación de las conquistas intelectuales dependa también de la organización interna de los pueblos. Y por último, como la colección de conquistas intelectuales influye eficazmente en los espíritus creadores que sin ellas hubieran impreso á su actividad otros derroteros ó se hubieran, por lo menos, visto obligados á comenzar siempre de nuevo, por esto todo cuanto contribuye á robustecer la fuerza de la tradición de un pueblo, influye favorablemente en el enriquecimiento de su patrimonio de ideas, descubrimientos é inventos. En su consecuencia, pueden considerarse como condiciones naturales que mediatamente favorecen el desarrollo intelectual de la humanidad, aquellas que coadyuvan á la consistencia de las poblaciones tomadas en su conjunto, á la actividad productiva del individuo y con ello al aumento de riqueza de la totalidad. También influye, en este sentido, todo aquello que, dentro de estas condiciones, favorece la difusión de un pueblo y da mayores facilidades al cambio. Si se tiene en cuenta que la invención necesita, además del